

TRADICIONES SOBRE LA DEVOCIÓN A LOS ÁNGELES

NOTAS SOBRE LA INTERVENCIÓN ANGÉLICA EN LA VIDA RELIGIOSA
DE CATALUÑA RECOGIDAS EN LA OBRA DE SERRA Y POSTIUS
«PRODIGIOS Y FINEZAS DE LOS SANTOS ÁNGELES»

EL AUTOR. — Pedro Serra y Postius sabemos que nació en Barcelona en 1671 y murió en la misma ciudad en 1748, de manera que vivió setenta y siete años. En la portada del libro de que nos ocuparemos se consigna que era «ciudadano de Barcelona, Congregante de la Santísima Virgen de los Dolores, en la congregación primera de España, erigida en el convento de los Siervos de María, de la dicha ciudad de Barcelona». En 1729 fué nombrado académico de la «Academia» barcelonesa, precedente de la que fué después, desde 1752, Real Academia de Buenas Letras¹. En las *Memorias para ayudar a formar un diccionario crítico de los escritores catalanes*, de Félix Torres Amat, se consigna que, además de las *Finezas de los Angeles*, escribió otras obras, como la *Historia de Nuestra Señora de Montserrat*, *Resumen de la vida de los santos y varones insignes en santidad del Principado de Cataluña*, *Resumen de la vida de santa Eulalia* y *Vida de san Emeteri o Medí*, habiendo dejado inéditas, y algunas de ellas sin acabar, otras obras, como la *Historia eclesiástica de Cataluña*, dividida en doce tomos; *Urna inmortal*, sobre las reliquias de santos conservadas en nuestra región, y *Catálogos* de cardenales y demás dignidades eclesiásticas, de los conventos, de los monasterios de benedictinos, de *deputats* del General y de Concelleres de Barcelona, etc., todo ello referente a Cataluña.

EL LIBRO. — Se titula *Prodigios y finezas de los Santos Angeles hechas en el Principado de Cataluña*, ilustrado con dos copiosísimos índices, uno histórico de los autores de los manuscritos

¹ Véase «Bol. R. Ac. de Buenas Letras» 25 (1953) 504.

que en este libro se citan y se hace mención, y otro de lo más particular y notable de toda la obra. Está dedicado a «Su Santo Ángel de la Guarda» e impreso en Barcelona en 1736 y en la imprenta de Jaime Suriá, «en la calle de la Paja».

Según Palau², los ejemplares de este libro escasean, pero nosotros conocemos los siguientes, todos ellos en Barcelona:

En la Biblioteca Universitaria, el ejemplar de que nos hemos valido, el cual tiene la signatura 168-8-20, y que, según consigna una nota manuscrita de la portada, había pertenecido al convento de los Padres Capuchinos de Santa Madrona, el primero que tuvieron los capuchinos en nuestra ciudad y que no abandonaron ni aun después de la fundación del grande de Monte Calvario, si bien se redujo a un corto número de frailes. Estaba situado en la falda de la montaña de Montjuich.

En la Biblioteca Central de la Diputación hay dos ejemplares, otro en la Biblioteca Balmes y un cuarto en el Archivo Histórico de la Ciudad. El de la Biblioteca Balmes había sido del P. fray Josef de Liberata, carmelita descalzo, y después pasó al obispo de Vich, Francisco Vicens, el cual lo donó a la biblioteca episcopal de aquella ciudad en 1807. En este ejemplar falta un pliego entero que comprendía la mayor parte del índice general. En el reverso de la cubierta anterior del ejemplar que se guarda en el Archivo Histórico de la Ciudad hay una nota manuscrita que dice: «Este libro es de Juan Munné».

Por referencias del P. Andrés de Palma, bibliotecario del convento de capuchinos de Pompeya, sabemos de otro ejemplar, que había sido de la Casa Hermandad que aquella Orden tenía en San Feliu de Guíxols, pasando después a poder de la marquesa de San Antonio y, por fin, al de la señorita Pallé, la cual lo ha hecho restaurar, pues estaba en bastante mal estado. En un catálogo relativamente reciente se le asigna un precio de cien pesetas.

EXAMEN DEL TEXTO. — Una de las cosas más extrañas de la barroca obra de Serra y Postius es su manía por el número nueve. El libro se divide en nueve capítulos, subdivididos cada uno de ellos en nueve epígrafes, en nueve novenarios, como dice él, y

² *Manual del librero*, vol. VI (Barcelona (1926), p. 503.

en catálogos de religiosos y religiosas de los monasterios, que con-
signa por haberse hecho más acreedores a ello por su santidad,
tanto pone nueve en el convento que apenas si tuvo más religio-
sos como si eran muchísimos, con lo que el número nueve, en la
obra de Serra y Postius, viene a ser una especie de lecho de
procusto.

Serra y Postius atribuye a la intervención, que en muchos
casos podríamos calificar de mecánica, de los ángeles, la mayor
parte de los hechos milagrosos o simplemente extraordinarios que
han ocurrido al través de los siglos, recogiendo en la mayor parte
de los casos las tradiciones populares referentes al caso. Iremos
señalando los más destacados.

Algunas imágenes fueron hechas por misteriosos personajes
que se ha creído eran ángeles. Tal ocurre con el Cristo de Sa-
lardú, en el Valle de Arán (p. 10), el cual era de estilo romá-
nico, de las características del siglo XII, coronado y con el cuerpo
cubierto sólo por faldas hasta la rodilla, las costillas muy pro-
nunciadas, los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia la izquierda
e iba clavado a la cruz con cuatro clavos, lo que es un signo de
antigüedad, porque es mucho más difícil de labrar las piernas
superpuestas de un Cristo clavado con tres clavos que las rectas,
que tienen un clavo en cada pie.

Según unos Gozos, que el párroco de Salardú ha tenido la
gentileza de enviarnos, «esta imagen sacrosanta — fué por ángel
regalada — según la tradición cuenta...; en esta imagen sagra-
da — agua y sangre vimos sudar — y es historia acreditada —
que alguien nos vió llorar...; los herejes (quizá los restos albi-
genses que se refugiaron en el Pirineo y allí permanecieron hasta
principios del siglo XIV amparados por la casa de Foix) — incen-
diaron el primer portal de la Fuerza», pero la imagen amparó a
los vecinos de Salardú y «también a un Conde de Pallars — la vis-
ta restituyó — que había perdido el pobre». Estos Gozos fueron
compuestos en 1880, seguramente a base de otros más antiguos, y
de ellos se ha hecho nueva edición en 1948³.

³ Según carta del mismo párroco de 25 de noviembre pasado, el Cristo de Sa-
lardú es muy venerado, no sólo por los vecinos del pueblo, sino por los de Tre-
dós, Bagergue, Uña y Gesa, o sea por los que formaron parte del tersó de Puyolo,
uno de los en que se dividía el valle en la antigua administración. A él se atri-

No sólo las imágenes de bulto fueron esculpidas por ángeles, sino muchas veces se les atribuyó la pintura de imágenes y retablos como la de la Virgen de Oliana (p. 12). Serra y Postius atribuye a la intervención de los ángeles el traslado milagroso de las imágenes de la Virgen desde el lugar donde les dejaron los hombres al que quería ocupar. Tal ocurrió, entre otras muchas, con las de Solsona, llamada del claustro, la preciosa imagen joya de escultura románica provenzal (p. 12); la de la ermita de Puigserver, en Alforja (provincia de Tarragona); la de la Canal, que hoy se encuentra en la parroquia de San Jaime, de Barcelona (p. 12); la del Lladó de Valls, y la de Puiggraciós. La de la Canal se dice que cayó en manos de moros, los que la destinaron a canalón, de donde le viene su nombre, y en confirmación de ello aún presenta en la espalda la ranura por donde transcurría el agua. Continuando con la tradición, diremos que esta imagen fué encontrada en las afueras de la Puerta Nueva de las murallas de Barcelona y junto a un cautivo, atado a ella con cadenas, que en África se había encomendado a ella para obtener el retorno a su patria, lo que tuvo lugar de modo milagroso y por intervención de los ángeles, según Serra y Postius. Después de la aparición en Barcelona de esta imagen se pretendió hacerle una capilla en la misma muralla, pero los Concelleres, que eran los que mandaban en las murallas hasta el triunfo de Felipe V, ordenaron que la tal capilla sólo pudiese abrirse por la parte interior de la ciudad. La imagen fue trasladada a la ermita de San Sebastián, al final de la actual Vía Layetana, en 1632. Después de la guerra de sucesión, los frailes caracciolos, que habían perdido su residencia en el barrio de Ribera a consecuencia de la guerra, recibieron del municipio barcelonés la capilla de San Sebastián y construyeron residencia a su lado. Después de la exclaustación continuó la ermita, y en ella la imagen de la Virgen de la Canal, hasta que el año 1875 fue derribada aquélla, pasando la imagen a la parroquia de San Jaime, de la calle Fernando. Por aquellos años, la

buyen muchos milagros y se le honra de una manera especial el día 3 de mayo de cada año, en que los cinco pueblos mentados asisten en procesión, se celebra la misa y después van otra vez en procesión, pero esta vez todos juntos, a una plaza de la villa, desde donde se bendicen los términos. A este Cristo acuden los araneses del antiguo tersó de Puyolo para obtener el beneficio de la lluvia en casos de sequía.

imagen iba vestida, lo que indujo a error al canónigo Barraquer al atribuirle al siglo xvi, y aún tenía a los pies el cautivo. Al pasar a San Jaime, la imagen fué despojada de las postizas vestiduras y colocada en un nicho de la pared izquierda de lo que antes era altar y ahora es paso desde la iglesia a la contigua capilla del Rosario. Hasta 1936 tenía un letrero que la reputaba por la Virgen de la Canal. En esta fecha fué la única imagen que no se quemó, por ser de alabastro. Repuesta en el mismo lugar, ya no tiene letrero por el que los piadosos concurrentes a la iglesia puedan saber de qué imagen se trata. Es, como hemos dicho, de alabastro, de unos setenta centímetros de altura, por los caracteres escultóricos, principalmente por el caído de los pliegues, del estilo del siglo xiv, pero el niño, que está del todo desnudo y de estilo abarrocado, parece adición posterior.

Habla, asimismo (p. 32), de la imagen de la Virgen del Coro, de las monjas de San Pedro de las Puellas, la cual dice que, colocada a la derecha del mismo, todas las mañanas aparecía a la izquierda, lo que Serra y Postius atribuye a la acción de los ángeles a fin de que pudiese ser mejor contemplada por los fieles. Tanto en la parroquia de San Pedro de las Puellas como entre las monjas benedictinas que, procedentes de aquella iglesia, están ahora en la calle de Anglí, se ha perdido toda noticia de tal hecho y de tal imagen.

Después del traslado de imágenes por acción de los ángeles, Serra y Postius pasa a detallar repetidas apariciones de ángeles a los mortales. Así, en la página 56 detalla la aparición de san Miguel de los Santos, cuando tenía pocos años, a dos niños que iban a San Segimón, en el Montseny, con la intención de hacer allí vida de anacoretas, a fin de disuadirles de su propósito.

En las páginas 66 y 69 hace referencia al desaparecido convento de monjas capuchinas de Barcelona, relatando la visión de la venerable Ángela Serafina Margarita, fundadora del primer convento de capuchinas de España, que fué el de Barcelona, cuando estaba preocupada por los trabajos que le daba la fundación de este convento y la visión incitadora a la castidad que tuvo la monja del mismo, Sor Isabel Astorch. El convento de capuchinas de Barcelona fué fundado el año 1599; a poco, en 1604, mejoró de instalación y empezóse a edificar un nuevo templo, si bien cree-

mos que continuó en el mismo lugar de la calle del Carmen, esquina a la Riera Alta, donde permaneció con varias vicisitudes, debidas a los hechos revolucionarios que se desarrollaron en Barcelona, hasta 1878, en cuya fecha las monjas se trasladaron a San Gervasio y de allí, después de los hechos de 1909, a Pedralbes.

En la página 66 habla de san Raimundo de Peñafort y del convento de Santa Catalina, en el que residió por muchos años el sabio compilador de las Decretales y donde fué sepultado.

En la página 70 hace referencia al convento de carmelitas descalzos que estaba en la Rambla, donde está hoy el mercado de la Boquería.

En la página 76 relata la conocida leyenda de la entrada de san Vicente Ferrer en Barcelona y su coloquio con el ángel que guardaba la ciudad, efemérides que fija en el año 1409.

Va detallando otras capillas e imágenes que en la ciudad de Barcelona estaban dedicadas al Ángel Custodio, como la de la calle del Hospital, la del convento de Jerusalén y la del altar de San Bernardino de Sena, de la catedral (p. 79). En la catedral de Barcelona, el segundo altar del lado del Evangelio, que había sido del gremio de zapateros, está dedicado a san Bernardino de Sena y al Ángel Custodio, pero la imagen del ángel, que figura en la hornacina de abajo y de la izquierda, más parece, por sus atributos, a san Miguel que el dicho ángel, pues tiene una fiera a los pies, va provisto de escudo en la mano izquierda y enarbola una espada con la derecha (p. 80).

En la página 81 hace referencia a una procesión que tenía lugar cada año en Perpiñán el día 16 de mayo en honor del ángel custodio de la ciudad.

En la página 122 relata un hecho milagroso del Cristo del Coro de San Pedro de las Puellas, del que se ha perdido la memoria, como de la Virgen también del coro de dicho antiguo monasterio de monjas benedictinas a que hemos hecho referencia.

En la página 136 empieza a hablar de las imágenes que hay en Cataluña de los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel.

No cita al primero como patrón que era de elemento feudal o militar medieval, seguramente como a capitán que fué de las milicias celestiales fieles al Eterno en su lucha con los ángeles rebeldes, así como a protector de los que navegan por mar, patro-

nato que le viene quizá de la posición elevada de un santuario suyo en el Monte Gargano, en el talón de la bota de Italia, amparando el paso del canal de Otranto y en el que su devoción ha venido a suceder en muchos casos a la del dios pagano Neptuno.

No cita la imagen de este arcángel que hasta 1936 figuró en la fachada de la casa del gremio de revendedores de la plaza del Pino, núm., 3, de esta ciudad, la cual en dicho año fué destrozada, pero sí los de la catedral, de Santa María del Mar y del Pino.

Según mosén Mas⁴, en el interior de la segunda catedral de Barcelona (que subsistió desde 1046 hasta que fué derribada para dar sitio a la prolongación de la nave mayor de la actual y formación de la plaza de Cristo Rey o de la Catedral y a las escaleras de la Seo) hubo ya una capilla dedicada a san Miguel, e la que se tiene la primera noticia en 1218 y en la que se fundó un beneficio en 1221, y otra en la parte de afuera, que debía estar por la actual calle de la Piedad.

En la tercera catedral (cuya primera piedra se puso en 1298 y cuyas obras empezaron por el ábside, como en la mayor parte de las iglesias) hay otra, que es la segunda después de la sacristía, en dicho ábside. Aún subsiste una imagen de san Miguel con las balanzas del peso de las almas en la clave, pero ya ha desaparecido la representada subyugando a Lucifer que había en la vidriera y que fué construída entre 1302 y 1334 y que pudo ver mosén Mas. En esta capilla está el sepulcro del obispo Berenguer de Palou, fallecido en 1241, de factura bastante posterior a la fecha de su muerte; era del gremio de vidrieros, los cuales costearon el retablo, que se inauguró en 1661, y en 1879 se hizo nueva la imagen del arcángel.

En Santa María del Mar, después de la destrucción de 1936, han quedado tan sólo, en el segundo altar del lado del Evangelio, unas pequeñas imágenes de san Miguel y de san Rafael, siendo de advertir que antes de aquella fecha en toda la iglesia no había ningún altar ni imagen del primero, pero sí del segundo.

En la iglesia del Pino se conserva aún un gran altar, anterior al año 1936, en la capilla de la mitad aproximadamente del

⁴ *Notes històriques del bisbat de Barcelona*, vol I: *Taula dels altars i capelles de la Seu de Barcelona* (Barcelona 1906), pp. 26 y 33.

lado de la Epístola, que sirve hoy de capilla del Santísimo y comulgatorio, dedicada al arcángel san Miguel. En él se ve al santo en alto relieve y de gran tamaño, delante de una gloria y acompañado de algunas cabezas de ángeles sin ninguno de los atributos con que generalmente es representado. El día del santo (29 de septiembre) se celebra todos los años solemne función religiosa.

En la página 150 comienza una lista de los monasterios de Cataluña, tanto de la española como de la francesa, dedicados a san Miguel: San Miguel de Cuxá, San Miguel de Fluviá, San Miguel del Fai, San Miguel de Montesenoide, San Miguel del Monte y San Miguel de Fornua, de Benitos. Cita luego la dedicación a san Miguel del monasterio de canónigos regulares agustinos de San Miguel de Marmellá, el de San Miguel de Cruilles y el de San Miguel de Escornalbou.

En la página siguiente da una lista de las parroquias de Cataluña dedicadas al mismo arcángel, y en la 154 cita a San Miguel de Olérdula, haciendo con este motivo un resumen de la historia del antiguo castro.

Con motivo de la intervención de los ángeles en la vida humana (p. 176) relata la conocida historia del monje de Poblet fray Pedro Marginet, atribuyendo a un ángel su traslado milagroso al monasterio después de sus andanzas por el mundo.

Hay un capítulo destinado a explicar los casos en que «los Santos Ángeles han hablado con los buenos», y cita, entre otros, el de san Dalmacio Moner, de la Orden de predicadores, natural y patrono de Santa Coloma de Farnés.

Más adelante, epígrafe *ix* del novenario *vi*, da la lista de las fuentes que hay en Cataluña que han sido provocadas milagrosamente, de las cuales las más renombradas son: la de Brufagnya, alumbrada milagrosamente por san Magín para que pudieran apagar la sed los soldados romanos que llevaban preso a san Severo, obispo de Barcelona, junto a la cual acuden todos los años los fieles de la ciudad de Tarragona el día de aquel santo; la de San Primo de Besalú; la del Salvador, de Horta, en la comarca de Gandesa, y la del Tallat.

«Los ángeles castigan a los malos y ejecutan los castigos de Dios», y con este motivo describe la peste que azotó a la ciudad de Barcelona el año 1.590.

En la página 233 relata lo ya conocido sobre la vida eremítica y la muerte de Leonor, hermana del último conde de Urgel, en la ermita de San Juan, sita en el bosque de Poblet, y la visión que en tal ocasión tuvo el ya citado fray Pedro Marginet, que vió gran cantidad de ángeles que llevaban su alma al cielo.

Después se entretiene en hacer una lista de los personajes de Cataluña que se llamaron Rafael, Miguel, Gabriel, Ángel, Querubín o Arcángel. Siguen unos barrocos versos con el título «Afectuosos clamores al Ángel de la Guarda», que empiezan con la siguiente estrofa:

Pues que Dios, de vos
mi alma y cuerpo fía,
Ay, Custodio amado,
sed mi guarda y guía.

y al final de cada estrofa, que son de seis versos, se repiten estos dos últimos, de manera que esta composición se parece mucho a los *Gozos*. Acaban con los siguientes:

Pues soys Invencible
allí en la agonía.
Ay, Custodio amado,
sed mi guarda y guía.

En la página 270 acaba el verdadero texto del libro, y en la siguiente empieza un «Índice histórico y noticias extensas de los autores cuyos libros manuscritos se citan y se hacen mención en este libro», el cual está por orden alfabético de la primera letra del nombre de pila y no del apellido, que es lo corriente⁵.

FÉLIX DURÁN CAÑAMERAS

Director de la Biblioteca Universitaria
de Barcelona

⁵ El primero que cita es Antonio de Bastero y Lledó, el conocido escritor y erudito, canónigo de la catedral de Gerona de principios del siglo XVIII, autor de la *Crusca* provenzal. En la letra A da noticias de los archivos de los conventos en que pudo investigar, y al final de la cita consigna los de la «Deputació» del Principado de Cataluña (hoy en el de la Corona de Aragón) y el de la Casa de la Ciudad, si bien no da el nombre de los archiveros.

Con motivo de dar los datos biográficos del abad Baltasar Sayol, describe minuciosamente la Biblioteca de Poblet, con sus cuatro departamentos y los principales fondos que guardaba. Entre las interesantes notas que da con este motivo hay la de que en ella había una obra manuscrita titulada «*Libri vitae Sancti Regis Iacobi, in latino, in volumine duo*», dada al monasterio por Pedro III (IV de Ara-

gón), en 20 de agosto de 1380, la cual debe haberse perdido, pues no la cita Massó i Torrens.

Describe las cuatro piezas de la Biblioteca de Poblet y dice que en la primera hay tan sólo libros de coro; en la segunda, manuscritos en número de cerca de 400; en la tercera, casi 3.000 libros impresos, y en la cuarta, que contiene la biblioteca de don Pedro Antonio de Aragón, 4.480.

En la letra E habla de Esteban Gabriel Bruniquer, el conocido notario (léase secretario) del Consejo de Ciento, autor de las «Rúbricas» de las noticias más importantes contenidas en los registros y documentos del Archivo que fué de aquella Corporación.

En la letra I habla del glorioso rey don Jaime el Conquistador, y con este motivo pasa revista a los ejemplares de la *Crónica* del mismo que ha podido consultar y de alguno que emigró de España. Dice (p. 318) que Pedro de Marca se llevó de Poblet a Francia el original de la *Crónica* «escrito de la real mano» de don Jaime, el cual pasó de la biblioteca particular de aquel historiador a la real, donde cree que en su tiempo (en el que escribe Serra y Postius) aún debe estar. Este ejemplar también debe haber desaparecido, pues tampoco lo cita Massó i Torrens.

Más adelante explica cómo el abad Copóns mandó copiar dicha *Crónica* en 1343, lo que atribuye a designio de la Providencia a fin de que, al llevarse Pedro de Marca el original, no quedase Cataluña huérfana de tan preciada joya. Una copia de ella vino a parar a Barcelona, «el cómo, Dios lo sabe», dice Serra y Postius, y en el siglo xvii fué a parar a manos del Dr. José Jerónimo Bescansa, canónigo de Lérida, el cual llegó a formar una muy nutrida biblioteca que, al morir, dejó al convento de carmelitas descalzos de Barcelona y, cuando la exlaustración, este ejemplar de la *Crónica* de don Jaime pasó a la Biblioteca Universitaria de Barcelona, donde se guarda como su más preciada joya.

A continuación va enumerando los historiadores de Cataluña y las Crónicas que se han escrito de los reyes de Aragón.

En la misma letra I explica la milagrosa vida del «Doctor Joseph Oriol», que entonces no había sido aún canonizado, ni tan sólo beatificado, y que el autor pudo conocer, pues el santo taumaturgo no murió hasta 1702, año en que Serra y Postius tenía 31 años.

Finalmente dedica unas líneas a Francisco Senjust y Pagés, canónigo de la catedral de Barcelona y fundador del Instituto de la Misión de nuestra ciudad, primero de España; a Pedro Roig Morell, también canónigo de la misma iglesia, fundador de la Congregación de franciscanos claustrales, llamados también hospitalarios; a José de Taverner y de Ardeña, obispo de Gerona, poeta latino e historiador; a Juan de Palafox, obispo de Osuna; a san Pedro Pascual, obispo de Jaén, copioso escritor y cuyas obras detalla; a Vidal de Cañellas, obispo de Huesca; al gran polígrafo y arzobispo de Tarragona Antonio Agustín; a Eximenis, obispo de Elna y autor del libro *De la naturaleza de los ángeles*; a Juan Margarit, obispo que fué de Elna y de Gerona, autor de muchos libros de historia; a fray Juan Roig y Jalpi, el tan discutido historiador de Blanes; al mercedario Padre Manuel Mariano Ribera, conocido de todos los historiadores e investigadores de nuestro real archivo; al historiador valenciano Martín de Vicianá; al conde de Darnius, autor de la *Adarga catalana*, y a Pablo Ignacio de Dalmases y de Ros, nombrado cronista del Principado en las Cortes de 1701 y 1702.

También detalla las obras que había escrito él mismo y que al publicar las *Finezas de los ángeles* permanecían inéditas.

El último de quien habla es de fray Valentín Mestre, monje del monasterio de Montserrat.